

Después de todo aún tránsito

Montanacristina

Espejito Espejito

Te miro, me miro en tu reflejo, pienso si es real lo que veo, o es solamente una ilusión, ya no te siento mi aliado, eres como un enemigo.

¿Por qué te digo esto hoy? No me reflejaría en un espejo de madera, claro está, tampoco sería como Narciso mirando mi reflejo en el agua al punto que me enamore de mi imagen provocando ahogarme, que él ni cuenta se dio el muy cretino. Ya pasé esa época gloriosa de la juventud. Te miro para que me induzcas a evocar mejores tiempos, por aquello de “todo tiempo pasado...” Es nostalgia lo que me motiva querer retroceder varias etapas en el momento en que te miro.

Si pudiera haber conservado en distintos espejos, las imágenes más gratas, las más generosas, las más complacientes en cada uno de ellos, no estaría mal, pero siendo justa, también están las otras, las de mis angustias, quebrantos, desesperación, ansiedad..., sería muy original hacer algo así si se pudiera.

Me imagino sacando espejos como si fueran joyas de algún cofre en el que los podría haber atesorado, por ejemplo: tendría: el espejo de mí infancia, el espejo de mis diez años, el de quince años, el de mí titulación, el de mí matrimonio, cuando di a luz, y los de todas las pérdidas que he vivido, etcétera, etcétera, ¿cuántos espejos tendría?

No es lo mismo ver mi rostro y mi figura en fotos, aunque las fotografías que no me gustaron las rompí sin miramientos. La vanidad, de la que me creí exenta, me impidió conservarlas. Perdí innumerables recuerdos por este motivo, ahora quedan sólo grabados en mi retina, para recreo o no depende cuándo y cómo ocurrieron.

Serían mis espejos verdaderas gemas de recuerdos, algo que podría explotar comercialmente si fuera probable tener la más mínima oportunidad de su

existencia. Desde luego no podría haber espejos rotos. Cualquier daño en ellos, implicaría nada menos que siete años de mala suerte, según reza la cultura popular ¿Cuántos siglos tendría que vivir hasta acabar con la mía? Con tantos espejos que he roto en mi vida, no son éstos los del mito del que hablo, si lo pudiera conseguir.

En realidad, a mí ¿qué me dices espejo? ahora, en estos días de junio en el 2020 en plena pandemia. Si escucho tu voz, que es la mía, no me estás tratando muy bien, me está doliendo el ego esta vez. Te miro con mis más de siete décadas a cuestas, en la imagen que me proyectas, veo deterioro muy visible en mi cara y mi cuerpo, de los que estuve orgullosa, con ese alarde arrogante pretencioso, ególatra, petulante diciendo-me, no hay en este espacio, alguien mejor que yo, varias veces me expresé así frente a ti, antes de salir a la conquista; volviendo a la vanidad de la que creí carecer, ilusa de mí.

No siempre fue así mi suficiencia, aunque disfruté tanto de esa sensación jactanciosa, hasta que me volví invisible, por allá después de los cincuenta años, cuando estando en cualquier parte, noté que ya nadie me miraba, era invisible.

El cambio hormonal tuvo que ser, desapareció de mí ese olor animal que atrae, un adiós a las feromonas, se deja de percibir el olor salvaje que despierta pasiones, el deseo por la piel, por aquello de que el cuerpo es autónomo, también en éste se eclipsa su encanto, “la belleza de la juventud...” que dura tan poco, en cambio la vejez no se acaba nunca, parece.

La transformación que mi imagen refleja en ti espejo, al mirar con detenimiento mis ojos ahora, viendo la dureza que vi en rostros viejos de antaño, los míos ya no sonríen, aunque tampoco lloran, hace mucho que dejaron de hacerlo. Ya no son aquellos ojos que miraban con profundidad suficiente para seducir a cualquier persona y tenerla a mi lado, según yo creía.

Recuerdo haber aconsejado a mi hija y a mi sobrina (hermosas muy bonitas las dos, con ojos maravillosos...), acerca de este disimulo mío, como estrategia, mirar una sola vez intensamente con esa seducción capaz de subyugar –decía yo.

Era cuando solía pensar, a propósito de las relaciones con alguna posible pareja, después de mi viudez, qué lo que deseaba encontrar en alguien se reducía a tres simples cuestiones: —que me guste—que esté disponible, y—que esté dispuesto. Después, si se reunían mis condiciones, tal vez podría amar y más, sobre todo, admirar, lo más importante para mí, la admiración. Fue parcial mi éxito, sólo lo conseguí una vez plenamente, de manera recíproca, en mi matrimonio. Los demás intentos fueron solamente ejercicios de aproximaciones sucesivas, en el club de los guerrilleros de la ilusión, esperando que llegara precisamente la ilusión...

Tú, espejo, fuiste para mí entonces, un socio imprescindible.

Hoy, espejo, me dices que ya no puedo jactarme de mis ojos ni de la luz de sus reflejos que fueron radiantes magnéticos, ni de su forma y color, no por nada la edad se adivina en éstos. Ahora que los miro duros en tu reflejo, observo en ellos una cualidad distinta, me permiten percibir diferentes reacciones y respuestas de muchas personas con las que tengo que hablar por cualquier razón, o, aunque no hablemos.

Distingo en sus miradas y gestos casi de todo, porque los otros ojos no me miran o apenas lo hacen; muestran en cambio varias cosas. la ira, el enojo, la burla, el rencor, la envidia, el menosprecio, también el aprecio, la suficiencia, la indiferencia, la impaciencia o la paciencia, la intolerancia, la apatía, la prisa, la molestia, o la alegría, el miedo, el susto, el gusto, el placer, sobre todo éste último, el placer, cuando tienen otros ojos que los miran porque aún son visibles, mientras les dure la visibilidad y las feromonas, una cuestión de tiempo no más.

Me miro en tu reflejo sin maquillaje, en estos días de encierro en los que apenas salgo ¿para qué ponerme mi cara? como suelo decir. Aunque no está mal usar *il trucco*, como se llama en italiano, es en verdad un truco, para que los que me ven no se asusten.

Solía decir una amiga querida “¡Maquíllese! No lo haga por usted, hágalo por los que la vemos” Pues bueno, hoy, encuentro un poco inútil el maquillaje, porque

cuando salgo tengo un cubrebocas y lentes, así que me he vuelto la mujer sin rostro, dentro del anonimato general, lucimos parecidos todos. Ahora empiezan a aparecer versiones más elegantes de estos aditamentos, falta poco para usar la Burka, sin necesidad de ser musulmanes. Conocí a una mexicana que se convirtió en islamita hace años, coincidimos en algún taller de escritura. Fue interesante conocer sus razones, encontré genial su vestimenta, como las de las monjas cristianas, cubiertas enteras y, además, el rostro. Esta indumentaria les evita cualquier desacuerdo con los espejos y pagos en tiendas de ropa, para ahorrar sirve también

Te miro espejo y te pregunto: ¿quién soy? Escucho tu respuesta despiadada: “Eres la sombra de aquella mujer garbosa, segura, guapa, con ojos como luminarias que tuviste. No cabe duda que el tiempo no pasa en vano, aunque no luces patética –todavía, te faltan como quince minutos...” Te ríes.

No me hace mella tu burla, esta soy yo, aunque veo en tu reflejo la flacidez de mi cuerpo, sobre todo en los brazos, por fortuna son delgados, así que las carnes no tiemblan como gelatinas. Continúo mirando mi cuerpo, vestido sólo con ropa interior y no puedo evitar mirar las cicatrices que tengo en piernas, pecho y brazo derecho. Me queda sin daño el brazo izquierdo, gracias a que no soy zurda, porque con esta proclividad a accidentarme, necesitaría hojalatería completa, ¿para qué? no me reconocerías espejo.

Recuerdo haber leído qué a Cher, la cantante, quien nació en el mismo año que yo nací, le hicieron cirugía plástica desde el cuero cabelludo hasta los pies según se supo. Con humor cáustico, ella dijo en una ocasión, que: “tenía miedo de descoserse entera”, pero por cierto quedó fabulosa su reconstrucción.

Sigo mirándote espejo perverso, ya no eres mi cómplice, insisto, aunque te escucho decirme: “ No veas sólo lo que no te gusta, date cuenta de que no todo en ti luce tan mal, tu rostro no tiene papada, ni tienes mofletes en vez de mejillas, arrugas sí, manchas pocas, conservas el cabello, podrías hacerte otro corte, llevas quince años con el mismo, tu cuerpo se conserva delgado y, tal vez, como dices, hasta podrías usar La Burka...No despiertas pasiones, pero tampoco provocas lástimas, dejaste de ser aquella mujer que vivía pendiente de mí, tu espejo. Has

modificado tu escala de valores. La apariencia externa quedó relegada por otros intereses ¿Te acuerdas cuando me abandonaste? Ocurrió para que tu marido no se burlara de ti y en vez de decir tu nombre te llamara: “Espejito, Espejito”

SIN ECOS Y SIN SOMBRAS

Quiero alcanzar a mis primos y a mi papá, ya todos me van ganando, caminan rápido. Mi tía y mi mamá se quedaron como acostumbraban, sentadas platicando, ¿quién sabe de qué tanto hablan? como si nunca se vieran, mientras nosotros a caminar y caminar. No es justo, yo siempre llego la última, mi papá lleva a mis hermanas, una en cada mano, mis primos son más grandes y a los chicos los lleva mi tío, ellos son cinco, nosotras somos tres. Así que chiste, van con ayuda, ya los oigo, otra vez pegándome de gritos: “ándale Ana que estás muy atrás, ya casi llegamos y tú mira nada más dónde andas, despierta, estás en la luna...”

De veras que me estoy apurando, pero no puedo correr, este camino está lleno de piedritas, vereditas y subidas, ya estoy viendo el riachuelo, a ver si no me mojo los pies como el domingo pasado. Tengo que apurarme y llegar con todos, para que no me vean con esas caras, como diciendo “ayyy ésta”.

El viernes una niña de mi salón me contó del eco, me preguntó si estaría en los Dinamos (en Ciudad de México) el domingo, le dije que sí, me explicó cómo hacer para escuchar mi voz que escucharé de regreso muy fuerte, ése es el eco. Ella sabe muchas cosas de grandes, tiene dos hermanos de veintitantos años, uno ya se casará pronto, la otra me cae muy bien, sonrío mucho y me acaricia cuando voy a su casa.

Apenas supe esto del eco, quiero escucharme, me da curiosidad que el viento repita lo que digo ¿cómo será? No les dije a los demás para que no me hagan bromas, se la toman conmigo siempre que pueden. Me detuve un poco mientras se alejaban todos, para que no me oigan cuando grite en el cerro, por

eso me atrasé. Estoy de frente como me dijo Marcela, no me tapa nada, me paré muy firme, me puse las dos manos como careta en la cara y grité muy fuerte “¡ANA, ANA!”, así me dijo que hiciera. No escuché mi eco ¿será que soy sorda? O no lo hago bien. No quisiera tener que preguntar a los demás, no me gustan las burlas. Mis primos grandes se ríen: “ay sí, ¿qué es el eco? ¿No sabes? ya estás grande dirán.

Aún me acuerdo de las sombras, cuánto me asustó ver sus reflejos en el suelo. Un día caminando a la casa de *Mamana*, la mamá de mi papá, cuando ya éramos vecinos de ella, mi mamá me llevaba de la mano, era de noche, en la calle había muy poca luz, en eso nos iluminó la luna, me volteo y veo mi sombra ¿qué es esto? pregunté con miedo, me espanté al ver esa mancha como si fuera yo, entonces era muy chiquita, luego me hicieron tocarla ¿tocar qué si no hay nada? pero si es el suelo y pisé fuerte. Mamá me mostró mi abrigo dibujado en el piso, el reflejo era la sombra, vi las sombras de ellos también. Después de descubrirlas, quería salir de noche para volver a verlas. A mi hermanita su sombra la asustaba mucho, si salíamos de noche, alguien debía ir pegada a ella, sin separarse por nada, le aterraban las sombras. Las calles eran oscuras, yo esperaba a la luna...

El eco no es así ni sol ni luna vendrán en mi ayuda. No lo voy a escuchar si me subo a la azotea y grito desde ahí lo que sea, o si estamos en el patio de la escuela. Mi amiga me dijo que no es tan simple, por eso me preguntó si iríamos fuera, al campo, donde viéramos los cerros. ¿Qué le voy a decir mañana?: no pude escuchar el eco. Me va a decir que no supe cómo y es verdad, no sé cómo hacerlo. Ni modo, tendré que preguntarle a mi papá, no conozco el eco, todavía, pero lo escucharé lo prometo. Cada vez que vayamos a los Dinamos, lo intentaré.

Mañana le mentiré a mí amiga le diré que escuché mi voz, era tan fuerte como el sonido que hacen los vendedores cuando van por las calles anunciando cosas con el micrófono. Así creo debe oírse el eco, así de fuerte.

Cuando conocí el eco, lo tuve cerca de mí, metafóricamente, en mis relaciones personales. Eran esos tiempos en que los niños teníamos: mejores amigos, decíamos: “ella es mi mejor amiga”, por ejemplo, o bien, “ya no es mi mejor amiga, ya la cortamos”, eso no duraba mucho, luego la chocábamos. “Córtalas y chócalas” era frecuente escuchar eso en recreo.

Mi mejor amiga fue la niña que me hizo descubrir el eco, permanecimos juntas en el mismo pupitre doble los seis años de primaria, cada una era el eco de la otra. Las evaluaciones en la escuela eran mensuales, un solo mes en esos años, ella estuvo en primer lugar y yo en segundo. Me sentí triste, ni siquiera lo comenté en mi casa, ella en cambio lo coreó por toda la escuela, eran ella y su eco repitiendo: “tengo el primer lugar, tengo el primero”, y yo parecía su sombra. Le duró muy poco el gusto, mi memoria era mejor, salió al quite, ya no cubrí como sombra su espalda.

Mi padre nos llevaba caminando a la escuela cada mañana. Íbamos por unas calles arboladas, no muy estrechas, algunas empedradas, con casitas chicas y casas grandes, había un sólo edificio en toda la colonia. En el recorrido hacíamos repaso de tareas, las tablas de multiplicar o las capitales o lo que fuera: Nayarit Tepic, Jalisco Guadalajara...: siete por siete cuarenta y nueve, ocho por doce noventa seis, doce por doce ciento cuarenta y cuatro..., hasta que quedaba grabado en la memoria nuestro eco. Ese tiempo escolar fue bueno y no tanto. La época en que la educación se grababa con letanía, una repetición de las cosas hasta que quedaban incrustadas en la memoria.

El razonamiento en la educación entonces, pasó desapercibido, podría decir que no existió prácticamente, si se tenía buena memoria, lo demás era pan comido. Razonar estaba excluido, lo que contaba más que otra cosa, era la buena memoria. Mis hermanas y yo, las tres sin problema. En cambio ahora desde hace varios años me propongo olvidar muchos recuerdos, dejar de escuchar esos ecos.

En pareja, sobre todo, se quiere ser un reflejo del par, estar de acuerdo en todo o casi, aunque las diferencias en costumbres, maneras, formas, rápidamente

afloran para bien o para mal. A mí me tocó negociar hasta el lado para dormir, muchos ejercicios de modos para volver el piso parejo, donde se viera reflejada la sombra y se escucharan claros los ecos, para continuar con la magia en la relación, nos propusimos nunca dormir enojados, varias veces, no pocas, costó conseguirlo, nuestros ecos enmudecían y nos dejaban solos...

Los amigos de mi esposo nos hacían mucha burla, decían que yo era muy fácil de hacer feliz, me reía de casi todo lo que él decía, porque su sentido del humor era espléndido, podía reírse de sí mismo aún en lo más adverso.

Un día X una amiga de visita en la casa, vio correr unos hilos de agua escurriendo de las plantas que teníamos en la sala, acababan de ser regadas. Mi esposo al ver la cara de ella mirando el piso y los charcos, dijo: “¡Caray! en esta casa hasta las plantas mean, menos yo, que me pasen la receta”. Ella reía y se le pasó la pena. Había ido a visitarlo en los últimos tiempos de su vida (el hígado enfermo, provoca retención de líquidos). Esto me lo contó ella, reímos de buena gana. Como mi pareja que fue, nunca me importó ni me incomodó ser su eco, estar a su lado sin hacerme su sombra.

Con mi hija, que también ya partió de este mundo, todavía me parece escuchar su eco y percibir su sombra, la de su sonrisa, como canción antigua tal cual “*the shadow of your smile...*”

Hablar de ecos y sombras ahora, me transporta al pasado remoto, con relaciones amistosas muy cercanas, largas. Fueron periodos en los que hablé de “mi amiga confidente o mi amigo cercano”, aquel o aquella, a quien esperaba para emprender alguna acción o suspenderla. Hace muchísimos años que este ejercicio no lo practico conservo pocas amistades, no soy su eco, menos su sombra.

COMO EN UN SUEÑO LA VIDA

Apaga las velas Anita ¡mira!, se está escurriendo la cera al pastel, ese pedazo te lo vas a comer tú ¡eh!, me dijo mi madre. Era mi cumpleaños número cinco. ¿Ya pediste tus tres deseos? –preguntó... Yo no le ponía atención, tenía un rato pensando que quería pedir, tres deseos, cómo cuando escribía la carta a los Reyes, bueno, la escribía mi papá, no sabía escribir todavía, conocía las letras nada más, las veía en el periódico cuando lo leía él, me las iba enseñando, todo el abecedario y luego juntarlas, así aprendí a leer. Aún iba al jardín de niños.

De repente siento que me zarandean, era Georgina mi hermana mayor —Apúrate lenta, que ya queremos comer pastel ¡despierta! ¿Qué vas a pedir? a ver si se cumplen tus deseos, a ver si viene tu hada madrina a traerte esa casota y la muñeca que nos dijiste ayer que querías—, se burló. Yo la miré enojada, perdí la inspiración. Soplé las velas para apagarlas, ni me acordé de pedir algo, qué le importa a ésta pensé.

Desde mis primeros años y hasta los siete pasados tuve una enfermedad en la piel: eccema, una especie de urticaria que me impedía mostrar los brazos, usaba siempre ropa que me los tapaba completamente, menos las manos. No lo supo nadie ni en el jardín de niños ni en la primaria, me habrían apartado de los demás, discriminado tal vez, las maestras me habrían impedido que fuese a la escuela.

Mi ropa estaba hecha para cubrirme y protegerme del morbo y el chisme de los niños y adultos también, si usaba blusas con manga corta iban con camisetas de manga larga, por fortuna sólo tuve en los brazos, luego conocí a alguien más que tenía lo mismo, en piernas y brazos también.

La primera vez que fui a la playa tenía siete años, fuimos mis hermanas y yo con mis papás a Acapulco. Pisar la arena sentirla en la piel, en los pies, revolcarme en ella qué placer, hacer figuras, como cuando hacía pasteles de lodo, pasar horas y horas jugando y disfrutar el mar, salir y entrar con las olas en subidas y bajadas, no queríamos salir del agua. Estuvimos una semana tal vez.

Con mi piel oscurecida por el sol, regresamos a la ciudad. Qué felicidad tuve, estaba sana, el agua de mar milagrosa, me había recuperado, nunca más regresó esa enfermedad. Un deseo largamente acariciado, lo conseguí.

Mi ropa cambió, también mi actitud, dejé la timidez de lado, me mostraba feliz, hacía notar mis brazos a diestra y siniestra. Los deseos sí se cumplen, pensé, cuestión de pedir..." pide y se te dará" como dice la Biblia, así será...

Mi deseo más ardiente después, era tener una bicicleta. Por las tardes, casi todos los días, paseábamos con mi mamá en el bosque de Chapultepec, había columpios y resbaladillas, los árboles para subir y bajar de éstos o brincar de uno a otro si estaban cercanos, con cuerdas que amarrábamos a las ramas saltábamos, por una pendiente bajábamos en patines o en carritos hechizos, para sentarse una tabla y ruedas debajo de ésta, luego hacerlos correr.

Dentro del parque había un pequeño local donde rentaban bicicletas, yo tenía una elegida que pedía siempre, pero quería una para mí, un sueño largamente anhelado que no veía llegar..., hasta que se hizo. Un buen día llegaron las tres bicicletas. Mi bici era verde, roja la de mi hermana mayor, azul la de mi hermana menor, más pequeña que las nuestras. Rápidamente nos fuimos al bosque para estrenar las bicicletas, sin esperar a mamá.

Fue un tiempo en que los niños salíamos solos sin temor, no había delincuentes, no estaban cerca si hubo, ni merodeaba la maldad, tampoco los vicios, no los veíamos, era muy segura la ciudad. En la colonia todos nos conocíamos, si no por nombre, sí por habernos visto muchas veces, varios años, jugando siempre en las calles.

Con mi bicicleta nueva tuve un verdadero estreno por ser nueva y por lo que pasó. Me lancé a toda velocidad por aquella pendiente que está detrás de la casa de Los Pinos, subí con mucha energía para bajar igual, sentir que el viento me haría volar. Ni cuenta me di tan embelesada iba, de pronto apareció alguien, un chiquillo en patines, no supe quién, se cruzó en mi camino, imposible frenar, tuvimos un choque terrible, salí volando tal cual, a él ni siquiera lo recuerdo, mi

bicicleta quedó mal herida, más que yo, casi para el hospital, después acudir a su entierro, ahí sí, me puse a llorar.

El señor del local de las bicis en renta fue a verme, tomó mi bicicleta, la levantaba y la dejaba caer desde arriba, la tiró varias veces intentando arreglar el cuadro. No sé si la dejó peor, pero caminaba, me sentí como llevando a una coja, yo como sus muletas para andar, hasta que logré rehabilitarla. Estuvo conmigo muchos años, mi bici verde, hasta mis veinte tal vez. Con ella fui una vez a Ciudad Satélite, se recuperó muy bien.

La abandoné, no sé si un buen día las vendieron todas o las regalaron, porque ya éramos grandes, no se veía bien en ese tiempo que las niñas mayores anduvieran en bicicleta. Para mí fue perder una amiga, de la escuela llegaba a la casa tomaba mi bici lesionada para ir a todos sitios con ella, apenas me levantaba del asiento, iba a las tienditas, a la casa de cualquier amistad, siempre con mi bici verde, recorriendo la ciudad, transitando en varias colonias, aventurarme a salir.

Como han cambiado los tiempos, se podría decir que ahora, en este país se quiere emular a Holanda, promoviendo desde hace unos años, en varias ciudades, regresar al transporte con dos ruedas, bicicletas, por donde sea es fácil encontrar (para mí ha sido un *flash back*, un recuerdo de mi bici verde...). En ciudad de México es cómodo, hay *Ecobici* en cualquier lugar, se rentan por muy poco dinero, se puede cambiar una por otra entre estaciones, cuando se termina el tiempo permitido, 45 minutos cada vez que se usa una.

Pasé algunos años usando este transporte, vivía en la colonia del Valle, desde ahí a dónde fuera: el súper mercado, Coyoacán y Polanco los sitios que más transité. Tuve varias caídas, sólo una de mucho cuidado.

Iba tranquila circulando por el lado designado, en avenida Cuauhtémoc rumbo a Coyoacán, tenía que dejar la bicicleta en la Cineteca Nacional, (en Coyoacán no hay, o no había, estaciones de *Ecobici*). Tenía algo de prisa, cambió el semáforo a verde, miré si pasaba yo, por si algún conductor de automóvil no me viera. No supe de dónde salió, una camioneta me arrolló, recuerdo verme

impactada, en el aire volando, más de un metro, cayendo de espaldas encima de la bicicleta.

Perdí el conocimiento algunos segundos veinte o treinta, quizás más, cuando abrí los ojos, estaba rodeada de gente, la mujer que me atropelló y varios más, listos con sus celulares dispuestos a reportear, ya los imaginaba más tarde en los noticieros o en redes diciendo: “anciana en bicicleta es impactada por vehículo automotor, en avenida Cuauhtémoc, etcétera, etcétera...” y yo en el suelo, haciendo el tremendo oso.

Me levanté como de rayo, nadie me ayudó, no lo permití, me dolía la espalda, deseaba ser invisible, en eso llegaron los policías: “vamos a la Delegación señora para levantar el acta”, hacer todo el trámite. Yo tenía una cita en Coyoacán ya iba retrasada, fui a la esquina a estacionar la *Ecobici*. No quise ir a quejarme, ni levantar un acta en la Delegación, lo que quería era escaparme, pasó un taxi y la mujer que me atropelló, con cara de afligida, me pasó 200 pesos, los tomé y partí, dejé frustrados a varios aprendices de reporteros y cazadores de noticias, no iba a ser su cena para merendarme en las redes, no me dejé atrapar. Hui de los celulares, los videos y demás...

Pasé un mes convaleciendo, estuvo fuerte para mí el pudor, la vergüenza que quise evitar. No como el accidente con mi bici verde en Chapultepec, en este último sí la vi cerca, soy dura de roer pensé. Esto pasó hace dos años ya, en el 2018. Me prometí entonces volver a tener un auto, un deseo de vieja que ya tengo, como cuando era la hijita de papá.

Poco antes de acabar la carrera, mi mayor deseo era tener un auto, se lo pedí a mi papá -- sí, lo tendrás, seguro, lo conseguirás, para eso te pago la universidad, cuando termines la carrera y trabajes te lo comprarás—dijo.

Así fue, me lo compré tres años después de concluir estos estudios...Antes de esto, el bello Mercedes de mí papá, que no era nuevo, lo estrellé un par de veces, mi pobre padre llegaba y decía: ¡No Ana, no! ¿Por qué otra vez...?

Con el paso de los años, me enfoqué en conseguir otros sueños, sin tener que confiar en tréboles de cuatro hojas ni margaritas que deshojar, aunque

siempre queda en la mente un resquicio del pasado, como las velas de los cumpleaños, los deseos por alcanzar. Me empeñé de lleno en mis metas, trabajarlas hasta conseguirlas, hacer hasta el último esfuerzo antes de claudicar.

Cuando conocí a quien sería mi esposo, deseé con todas mis fuerzas, casarme con él... No era un simple deseo, por qué lo habría de lograr ¿quién era yo? Ya había tenido hasta ese momento varios tropiezos: enfermedades, becas fallidas, accidentes, amores perdidos, empleos mal remunerados, situaciones en contra, que tuve que remontar. Con Jorge mi pareja, usé una estrategia distinta, que funcionó. Por mis anteriores fracasos con posibles parejas, decidí aparecer indiferente con él, sin importar cuanto me gustaba, nunca se lo demostré, lo dejé actuar a él..., les cuento:

Tenía yo un compañero de oficina, los dos vivíamos en Ciudad de México, en el DF. Comíamos casi siempre en Texcoco, la población más cercana a Chapingo, donde trabajábamos, salíamos de la oficina en su auto o en el mío y partíamos a cualquier restaurante en la localidad. La Escuela de entonces, ahora la Universidad, tenía un comedor en la entrada que era para profesores y otros empleados.

. Cuando íbamos hacia la salida y yo veía estacionado el auto de él, le pedía a mi compañero ir a comer ahí. Llegábamos, Jorge estaba con varios colegas y un profesor acaparador. Saludaba yo con media sonrisa y me sentaba cerca de ellos, sólo qué de espaldas a él, para evitarme la tentación de verlo y que notara mi desinterés. Este ejercicio ocurrió varias veces, hasta que algo pasó, preguntó por acá y por allá, si estaba yo casada (pensó que mi esposo era ese compañero de la oficina). Cuando supo que era soltera fue a verme, ahí me abordó... Mi felicidad era total, mi sueño cumplido, varios meses de paciencia, que resultó. Nos casamos meses después de vivir juntos, tuvimos una hija, queríamos tener cuatro, no se nos dio... Ni él ni mi hija se encuentran ahora, los dos partieron muchos años atrás. Después de que mi hija Anabel partió, por mucho tiempo deseé nunca haber nacido...ya todos se fueron: papá, marido, mamá y ella mi amada...

Pensando ahora en mis deseos, los sueños de mi vida, puedo sentirme decepcionada a veces, solía aspirar a más, deseos comunes: más dinero, más relaciones interpersonales, un mejor auto, mejor trabajo, mayor reconocimiento en mi vida profesional, sin discriminación por ser mujer, otra casa, o ropa tal vez, más amor y entendimiento, más hijos y una familia integral, integrada, más satisfacción en general. Como solía decirme Laura mi hermana, en mi mente nunca estuvo la conformidad, tuve por costumbre esperar más. Ella en cambio, como planeó su vida desde la infancia, así la consiguió, así la hizo...

Con el correr de los años y el desarrollo de mi existencia, puedo decir aceptando, que viví lo que me tocó, lo que construí, en lo que participé y tuve injerencia, lo poco o un poco más que pude aportar. No siento más culpas por pérdidas, sobre todo de vidas cercanas a mi alrededor, todos morimos, predestinados estamos, que dure hasta que se acabe, o la acabemos tal vez, lo respeto, sin juzgar, que no soy perfecta, colérica nada más. Tuve deseos de ser famosa, incursioné en varias actividades que me proyectarían a alcanzar la fama, creí: radio, teatro... nunca lo conseguí y lo celebro, transitando en el anonimato, nada como vivir en Ciudad de México, desconocida total.

Viviendo esta pandemia, en esta edad que ahora tengo, mis deseos, mis aspiraciones cada vez son menos: vivir lo que me falta con salud, sin deudas, sin preocupación por transitar, por convivir, ayudar tal vez a quien yo pueda, a quien se quiera dejar, y regresar a mi ciudad en cuanto ocurra, mientras aguantar aquí en provincia, escribiendo, leyendo, en enclaustramiento, con tranquilidad...

Apapachos, mucho cariño y mi oreja lista para escuchar, mi boca presta para aliviar, estos son mis deseos, mis realidades, no tengo más por ahora, mañana quien sabe, yo aún no lo sé...

“Las ideas, los sueños y los deseos, no están hechos de materia sino de tiempo y espíritu, porque sus principales componentes son recuerdos del pasado, previsiones del futuro y elección de valores. Aunque se deben a expectativas a

visiones de la mente, son tan reales y poderosos que pueden moldear el comportamiento humano y, por ello, son las fuerzas más efectivas para cambiar la faz de la tierra.”

Autor desconocido

HABLAR CON MEDIDA

Gordito ¿puedes venir a ayudarme?, escuché decir a mi mamá cierto día. Me sorprendí de pronto, hacía muchos años no la oía llamarme así.

Cuando éramos muy chicas mis hermanas y yo, teníamos sobrenombres, a mí me decían: *Gordo*, mi hermana mayor era *Bebo* y mi hermana menor era *Bobo*..., pobre fue a la que le tocó el peor apodo. Todos nuestros mote en masculino.

Esa fijación de mi papá por haber querido tener hijos hombres, la trasladó como de costumbre a nosotras: los apodos, vestimenta, cabello y juguetes. No era gratis que algunas chiquillas en la colonia nos llamaran “las machorras”.

Nuestros alias eran sólo para la casa, afuera, éramos: Geo, Ana y Laurita. A mi desde niña no me gustaron los diminutivos, los únicos que me decían Anita eran mis papás, y después algunas veces, mi marido.

Escuchar a mi madre llamarme con ese sobrenombre prehistórico, después de tanto y después de todo, me hizo evocar la familia lejana. No recuerdo haber tenido entre nosotros un lenguaje particular con el cual identificarnos o tener alguna complicidad al escuchar una especie de contraseña específica al hablar.

La forma de hablar de esos tiempos remotos, remotísimos, fue realmente muy propia. Para empezar las malas palabras apenas si se conocían, en todo caso no se decían. El código para saber que éramos requeridas para o por algo, era la manera en que mis papás se dirigían a nosotras. Si transitar con placer en la casa

ocurría, nuestros mote se oían. En cambio, si debíamos cumplir con tal o cual cosa, nuestros nombres de pila completos. Como Georgina es un nombre duro, digo yo, a ella la llamamos siempre Geo, luego nosotras dos le decíamos: Geo, tierra, Geo tierra ..., coreábamos

Mis papás siempre se llamaron: querido y querida entre ellos, hasta que duró su historia. Mi papá a veces llamaba *Sofi* a mi mamá si se refería a ella con alguien más, y ella a él, Jorge. No recuerdo haberlo escuchado diciéndole Sofía, o a ella decirle Jorgito.

Por eso oír a mi madre regresar al pasado y llamarme *Gordito*, fue para mí un choque de vivencias queridas, acariciadas en la memoria... Cuando supe el origen de mi apodo, me hacía mucha gracia por ser como fui, como soy todavía, nada que ver con el origen de mi mote. Al nacer pesé cuatro kilos, era grande y gorda, fui la que pesó más de las tres, de ahí el sobrenombre: *Gordito*.

En los hogares de mi generación, en esos tiempos, escuché muchas veces, las voces de otros padres y su devoción. Al dejar la casa los niños, siempre eran bendecidos: “qué Dios te bendiga”. Lo mismo que al salir en la mañana, la costumbre fue y perdura, persignarse y pedir a Dios por cuidados. Al regresar suele hacerse lo mismo. Ese no fue nuestro caso. Aunque sí por imitación y repetición, a veces yo decía: “Dios mío”. Si mi madre me escuchaba, ella agregaba siempre: “y de los demás, tío”. Cuando de repente ahora digo “Dios mío”, de inmediato surge en mi mente evocarla y repito para mí: “y de los demás, tío” como ella decía. Un fugaz chispazo, un resplandor que me ilumina, como si estuviera viendo su cara sonriente.

El léxico coloquial de antaño, no tiene nada que ver con el que ahora escucho. Me he acostumbrado a escuchar el lenguaje transformado, ya de por sí es tan pobre, pocas palabras se usan, además, condimentadas con groserías,

ordinarieces y también ofensas. No quiero decir que nunca dije malas palabras o no las diga ahora, procuro cuidar el contexto.

Recuerdo a mi madre decirme a veces: “chingada madre”, como dices tú, no es así, como dices..., ahí me percaté de mis dichos corrientes, prosaicos, vulgares y me contuve, al menos frente a ella me contenía.

Empecé a cambiar mi lenguaje pulcro cuidado, por uno más desordenado, me adapté a mi esposo que era peruano, él empleaba a diestra y siniestra, malas palabras de la jerga mexicana, hilaba la conversación salpicando sus ocurrencias y bromas aderezadas con peruanismos picantes y dichos andinos. Jorge mi marido, se justificaba diciendo que hablar así, para él, no significaba nada. Tal vez sí, tal vez no, lo cierto del caso, es que era muy divertido escucharlo, no sólo por su buen humor, también su vocabulario me hacía mucha gracia, era un conversador consumado, condimentando sus charlas con picardías.

Hay una expresión peruana que se escucha en el vulgo decir: “huevas tristes”, como si dijéramos en caló mexicano pendejo o algo así, sólo que ese peruanismo, que cito, yo lo encontraba divertido, como aquí no se conoce, no significa algo para mí. Lo dejé de decir por completo un día yendo con mi hija pequeña en el auto, de pronto alguien se nos atravesó, ella de unos seis años escasos, bajó la ventanilla del coche y le gritó al que fuera: “¡Quítate huevas tristes!”. Me aguanté la risa, tampoco le dije nada. Nos había escuchado a Jorge y a mí decir esa expresión a menudo.

Cierta vez, cuando mi hija tenía tres o cuatro años tal vez, iba al jardín de niños, estaban próximas las festividades de los días uno y dos de noviembre. La profesora había pedido a los padres, que escribiéramos para los niños calaveritas, que se leerían en el salón. Nosotros nos esmeramos con la historia, quedó bastante bien. Más tarde llegó una amiga vecina, su hija iba en el mismo salón que *Anabelín* nuestra hija. Nos preguntó por la tarea, nosotros unos “huevas tristes” los dos, se la leímos...

La vecina nos la copió, la mejoró, la presentó su hija y ganó. Estábamos muy enojados con ella, dijimos de todo “nos copió, nos copió, qué poca madre...” Anabel nos escuchó. Pocos días después regresó la vecina, entró a la casa, saludó a *Anabelín*, la niña apenas verla le dijo: “copiaste, copiaste mi tarea, mis papás dicen que copiaste...” Nosotros nos quedamos fríos, qué podíamos alegar ¡nada! era la verdad. Se fue muy callada, sabía era cierto...

Todas las voces, el sonido de las palabras, que se mantienen sin mancha con el transcurrir del tiempo, me han permitido conservar en la memoria los buenos momentos, el lenguaje dulce, la alegría de vivir, tener como compañía perenne la armonía que mantiene la ilusión del instante, revivir la dicha, el amor, no más...